

Homilía de Juan María de la Torre

III Domingo de Cuaresma

Monasterio de Armenteira · Año 2014

Repito lo que decía al principio: no solo de pan vive el hombre; también vive de agua. La mayor parte de nuestro cuerpo, la inmensa mayoría, es agua.

En el primer domingo de Cuaresma hablé de un pasaje de El Principito que ahora podemos ampliar. El Principito camina por el desierto con el supuesto autor del libro y dice: «Tengo sed. ¿Tú también tienes sed?» «Sí, también tengo sed».

Van caminando por el desierto. Llega la noche y el Principito dice: «Tengo fiebre». Y el otro le responde: «Eso es porque tienes sed».

Las estrellas son bellas porque en ellas hay alguna flor que no se ve. Las dunas son bellas porque no se ve nada, porque en ellas estalla el silencio. Pero el desierto es bello porque oculta algún pozo.

Y aquí aparece el símbolo central: el pozo, la samaritana y Jesús.

En una antología que hice sobre los Padres de la Iglesia recogí dos homilías preciosas sobre este pasaje: una de Orígenes y otra de san Agustín.

San Agustín comenta que Jesús está cansado del camino y se sienta en el brocal del pozo. Y dice: «Es la naturaleza humana llevada en Jesús».

Aquí está una gran lección: el hombre camina por el desierto de la vida, también por el desierto cuaresmal. Muchas veces tenemos la impresión de que no tenemos energías suficientes para llegar hasta el final.

Estamos amenazados primero por nuestra propia fragilidad y debilidad, porque nos faltan fuerzas; y también por los impactos que vienen de fuera y que son obstáculos para nuestro avance.

Nos sentimos cansados y, como Jesús, nos sentamos en el brocal de un pozo.

Jesús, dice san Agustín, conjuga en sí mismo la divinidad con la fragilidad de la naturaleza humana. La asume plenamente. Jesús es como uno de nosotros: necesita sentarse y beber agua, porque el agua es la energía que permite seguir caminando.

En ese momento aparece la mujer samaritana.

Dicho entre paréntesis, yo creo —como muchos estudiosos del cuarto evangelio— que el autor del evangelio de Juan pudo haber sido un samaritano convertido. Por eso conoce muy bien las tradiciones samaritanas.

Jesús está sentado junto al pozo y viene la mujer a sacar agua.

La costumbre era sacar agua por la mañana o al anochecer, cuando no hace calor. Pero ella va en pleno mediodía, cuando el sol cae con toda su fuerza.

Todo se combina simbólicamente: el calor del mediodía, la sed, el pozo y Jesús sentado allí.

El texto dice que el pozo es de Jacob, pero los pozos se transmitían de patriarcas en patriarcas. Abraham fue quien primero cavó ese pozo para dar de beber a su gente.

Más tarde viene Isaac y encuentra el pozo lleno de tierra y de basura. Han sido los filisteos quienes lo han cegado. Isaac tiene que volver a cavar y limpiar el pozo para que vuelva a brotar el agua.

Ese Isaac es figura de Cristo.

Cristo viene a limpiar el pozo para que vuelva a brotar el agua que puede dar vida a su pueblo.

Pero necesitamos colaborar.

Ese pozo eres tú. Ese pozo está en el fondo de ti mismo.

Los filisteos representan los elementos espurios de nuestra vida: todo aquello que va cubriendo el fondo de nuestra alma y nos vuelve superficiales.

Cuando esto sucede, la vida se convierte en un desierto. Entonces nos fatigamos, nos aburrimos, nos cansamos y enfermamos interiormente.

Necesitamos colaborar con Cristo para reencontrar esa agua profunda, esa agua viva.

Cuando Jesús habla con la samaritana, ambos están en planos distintos. Ella busca el agua natural, pero Jesús tiene sed de otra agua.

Jesús actúa como un provocador paciente. Poco a poco provoca a la mujer hasta que ella dice: «Dame de esa agua».

Entonces Jesús le dice: «Ve y llama a tu marido».

Ella responde: «No tengo marido».

Jesús le dice: «Tienes razón. Cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo».

Esto remite al capítulo 17 del segundo libro de los Reyes. Allí se cuenta cómo el pueblo samaritano había introducido los ídolos de cinco naciones extranjeras.

Esos ídolos eran los baales, palabra que significa “mi esposo” o “mi señor”. Eran falsos dioses que habían sustituido al Dios verdadero.

Los cinco maridos de la samaritana simbolizan esos cinco ídolos.

Lo peor no es tener sed; lo peor es no darse cuenta de que uno tiene sed.

La samaritana representa la dimensión femenina de toda persona humana: la capacidad de ser pozo.

Todos llevamos dentro ese pozo profundo. Pero puede estar cegado y necesita ser limpiado.

En el diálogo aparece también la cuestión del culto. La mujer dice: «Nuestros padres adoraron en este monte».

Y Jesús responde: «Ni en Jerusalén ni aquí».

No basta con tener la etiqueta de cristianos. Tampoco basta con cumplir ritos externos.

Los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y en verdad.

Porque Dios es espíritu, Dios es amor y Dios es luz.

Dios es espíritu en cuanto comunica su Espíritu; es amor en cuanto lo infunde en nosotros; y es luz en cuanto ilumina nuestra vida.

El agua de la que habla Jesús está unida a esta realidad: luz, amor y espíritu.

La samaritana se convierte entonces de pozo en surtidor. De ella brota ahora el agua que lleva a todo su pueblo hacia Jesús.

Por eso los samaritanos vienen y le dicen: «Quédate con nosotros».

Es la misma expresión que aparece en el evangelio de Lucas cuando los discípulos de Emaús dicen: «Quédate con nosotros».

El agua viva es la fuerza del Espíritu que sostiene nuestra fe.

El verdadero culto a Dios se realiza en el espíritu, en el corazón mismo del hombre.

Si aplicamos esto al bautismo, tampoco debemos entenderlo solo como un rito exterior.

El bautismo no es simplemente que el agua caiga sobre la cabeza.

En los bautismos antiguos se practicaba la inmersión: la persona se sumergía completamente en el agua.

Pero después de salir del agua uno puede seguir exactamente igual.

Incluso puede terminar convirtiéndose otra vez en un desierto interior.

Por eso es necesario que esa agua penetre realmente en nosotros y permanezca como una fuente de agua viva.

Tenemos que extraer continuamente esa agua mientras caminamos por el desierto de la vida.

Es como un coche que circula por una carretera y necesita continuamente gasolina para seguir avanzando.

Así también nosotros necesitamos continuamente esta agua viva: un agua que es luz, un agua que es amor y un agua que es espíritu.